

Los pasillos del cáncer

Yolanda Cristina Massieu Trigo

Estoy parada frente al espejo, veo atentamente lo que me quedó en el lugar de mi seno derecho. Es una protuberancia, algo ancha. Tiene un contorno de cicatriz en forma de elipse, no tiene pezón, pero llena muy bien mi brassiere y, cuando estoy vestida, no se nota que no es un seno verdadero. Observo hacia abajo, tengo el vientre plano, como de modelo, y una cicatriz todo a lo ancho, encima de mi pubis. Así es como quedé, el camino recorrido por los pasillos del hospital, por las horas de angustia y miedo, me han dejado así. No soy la misma de antes, pero estoy viva y, dentro de lo posible, sana. Ahora, todo es adaptarme a este nuevo cuerpo, a esta nueva mujer que soy. Aprender a vivir con la conciencia de que la vida es muy corta, de que la enfermedad puede volver y que hay que disfrutar cada segundo, sin atormentarme por la situación de riesgo.

EL COMIENZO, LAS DECISIONES

Todo empezó el 30 de septiembre. Me decidí a operar un quiste de ese seno, después de haber consultado varias opiniones médicas. Mi ginecóloga de toda la vida aconsejaba extraerlo, aunque me mandó hacer una mastografía que salió negativa, me lo puncionó y tampoco salió nada sospechoso.

Eso fue en 1997, cuando me gané una beca para una estancia de investigación de cuatro meses en Amsterdam. Le consulté a ella si debía extraer esa “bolita” antes de irme, me aconsejó que me fuera, que me operaría al regreso. Así que me fui, con mi hija Cristina, quien cumplió ocho años allá, y mi amiga Sandra, que se fue conmigo para cuidar a Cris, a quien no le pude conseguir escuela en esa hermosa ciudad. Nos

la pasamos muy bien, yo crecí mucho personal y profesionalmente, un mes se fue con nosotras Jorge, mi querido compañero, mi pareja desde hace varios años. Ahora que recuerdo esto, me parece increíble cómo es la vida, nos da y nos quita.

Después de esta maravillosa experiencia, al regresar a México, decidí consultar la opinión de otro médico antes de hacer la operación. Mi hermana me recomendó a su ginecólogo, un médico bastante conocido y prestigiado que atendía también a varias amigas. Él mandó sacar otra mamografía, pues yo perdí la que tenía, y aconsejó no extraer, sino esperar y vigilar. Esto sucedía a finales de 1997. Quedé de regresar en seis meses, pero dejé pasar más. Para agosto de 1998 me tuvieron que hospitalizar por un problema gástrico y la doctora que me atendió, de toda la confianza de mi mamá, me revisó la “bolita” y me dio un argumento contundente: “Quizá no sea nada, pero 100% de seguridad sólo se tiene si se retira y se manda a laboratorio”, ésas fueron sus palabras. Es impresionante que ninguno de los dos médicos consultados me hubiera dado este argumento, fue lo que me decidió. Regresé con mi ginecóloga, quien se alarmó al palparlo y recomendó a un oncólogo para la cirugía. Para entonces yo estaba bastante preocupada, pero el oncólogo vio la mamografía y me dio 99% de seguridad de que era benigno. “Me guardo el 1% de duda porque con el cáncer nunca se sabe”, me dijo.

Era septiembre de 1998, yo tenía un compromiso profesional, un congreso en Chicago, así que programamos la cirugía para el regreso, el 30 de septiembre. Ahora recuerdo con mucha emotividad ese congreso, los amigos que vi, los contactos, mi ponencia. Era el último viaje que iba a realizar siendo una persona sana y ajena al mundo de la enfermedad. Al despertar de esta pequeña operación, el mismo médico que me daba 99% de probabilidades optimistas, me dijo: “Tenemos cáncer”. Unos días después, en su consultorio, me explicó en detalle lo que venía: de seis a ocho sesiones de quimioterapia, cirugía radical (¡perder un seno!), quizá radiaciones... posibilidades de curación, pero no al 100%. Fue como un baño de agua fría. Es difícil explicar lo que es para una mujer perder un seno, una parte del cuerpo tan querida, tan simbólica. Medio de amamantamiento de los hijos y atractivo sexual. Me ha costado tiempo (aún me cuesta) asumir que mi seno derecho iba a desaparecer.

Hoy fui al hospital, me hice los estudios de la primera revisión, me van a checar cada tres meses durante los dos primeros años después de finalizar el tratamiento. El miedo, el miedo a que no salgan bien, que haya un tumor maligno en otra parte del cuerpo, otra vez quimioterapia... Es un miedo grande, un miedo con el que hay que luchar, que no me coma la existencia, que no me impida vivir.

A la fecha me asombra lo que dejó el cáncer en mi vida, es como si fuera otra persona. De repente, cosas que antes eran importantes hoy me parecen tan banales, tan innecesarias. Quedar bien, tener “prestigio”, ser aceptada socialmente a toda costa. Mis prioridades hoy son otras: con pasar los próximos diez años sin que esta enfermedad vuelva a aparecer, no pido más. Estar viva, estar viva.

Hoy, en el hospital, me encontré al oncólogo que me trató y me operó, un médico excelente, notó que mi pelo ya volvió a salir y que es mucho más rizado de lo que lo tenía, “es por la quimioterapia”, me dijo; ¡vaya una novedad!, un cambio de ‘look’ involuntario, que me complace. Mi pelo es ahora rizado como el de un borrego, suave y abundante, sobre todo, ya es mi pelo.

EL INSTITUTO NACIONAL DE CANCEROLOGÍA: ENTRE LA ESCASEZ Y EL ALTRUISMO

Me traté en el Instituto Nacional de Cancerología. La decisión no fue fácil. Yo contaba con un seguro médico de la universidad donde trabajo, así que fue comenzar a ver opciones de tratamiento. La extracción del tumor me la hice en un hospital privado, con mi ginecóloga y el oncólogo que ella recomendó.

Los primeros días de octubre, con la invaluable ayuda de mi hermana –quien es científica, muy relacionada con el medio académico de la medicina– recorrimos varios hospitales, vimos a distintos médicos. Es terrible, en los privados, si bien es más cómodo y agradable el ambiente, los precios asustan, el paciente tiene cara de “cartera”. Aunque yo tenía seguro, como son tratamientos largos e impredecibles, no sabía si se

iba a acabar el dinero y tendría, de todos modos, que recurrir a un hospital público.

Además, sucedió algo “mágico” para escoger Cancerología: yo soy hija de un científico brillante, fallecido hace quince años, que tuvo mucho prestigio y reconocimiento entre los médicos. Gracias a mi hermana averiguamos que el director de Cancerología había sido su alumno. La primera vez que fuimos ahí, llevábamos las laminillas de mis tejidos para que nos dieran su diagnóstico y conocí a un médico maravilloso, por lo humano y eficiente, por él decidí quedarme en el Instituto. Más tarde, atando cabitos, ¡descubrí que ese día era el cumpleaños de mi papá! Por esta serie de casualidades (hay gente que dice que las casualidades no existen, todo sucede por alguna razón), sentí que el espíritu de mi padre, donde quiera que estuviese, estaba velando por mí para ayudarme a pasar esta dura prueba. Por él yo supe lo que es la ciencia mexicana, confié en el Instituto porque sabía que ahí se hace la mayor parte de la investigación y es donde más se conoce en el país sobre el cáncer. Sé que en México se hace ciencia de calidad y que nuestros médicos tienen una escuela propia y reconocida, pese a los escasos recursos.

Estar en el Instituto es toda una experiencia, sobre todo como paciente. Creo que sólo la gente que lo hemos vivido sabemos lo que es formar parte del mundo de la enfermedad. Los pasillos, la cantidad de enfermos, sus familiares, el oprobio de la pobreza, que para muchos no sólo es estar enfermo, es no tener recursos para curarse. La pobreza que hay en el país es algo que se vive en carne viva al pasar una parte importante del tiempo en Cancerología: la gran cantidad de personas enfermas que viven al día, con la angustia de no saber si van a poder comer la siguiente mañana (mucho menos comprar los medicamentos y pagar las consultas). Los servicios de salud pública, tan castigados por las decisiones recientes de nuestros gobernantes, con demanda más allá de su capacidad, con atraso, con burocracia, que no se dan abasto para cubrir los requerimientos de la población enferma.

Ver de todo, desde gente llena de vida que se ha curado, hasta cuerpos disminuidos y acabados por la enfermedad. La resignación mexicana, las mujeres envueltas en rebozos, capaces de esperar su turno por horas, en silencio y sin chistar, como estatuas de Zúñiga. También la

voluntad, la fuerza, las ganas de curarse, el buen humor y la disposición de ayudar pese a todo. Los actos heroicos y amorosos de enfermos, de sus seres queridos.

MIS MALES SON MENOS

Pasillo de hospital público, esperas eternas,
enfermedad grave, curación,
un muchacho deforme, sus manos apenas
dos muñones,
con ternura ayuda a la madre enferma
ni un pelo queda ya en su cabeza,
le carga la bolsa con sus remedos de manos,
yo miro atenta, mis males son menos.

Diciembre, 1998

LA PESADILLA Y EL APRENDIZAJE

Y empezó la pesadilla... La sala de quimioterapia del hospital, llena. Las esperas interminables, primero a consulta, si las defensas no habían bajado, se autorizaba la aplicación. Siempre agradeceré y veré como una bendición la actitud de esos médicos: sobrecargados de trabajo, en cubículos diminutos, sin ventilación, atendiendo a veces más de cien consultas en un día... Y sin descuidar los casos, analizaban uno por uno, atentos revisaban los resultados de los análisis previos. Adriamicina, fluoracilo... La quimioterapia, por lo menos en mi caso, no fue tan terrible como la esperaba. Es un suero (puesto en un catéter, que se trae en el pecho permanentemente) que da sensación de cansancio y náusea, pero pasaba, me sentía así dos o tres días y a seguir mi vida normal: llevar a mi hija a la escuela, ir al trabajo. Me compré dos pelucas que me gustaban, era época de frío y además me abrigan. Podía cambiar de pelo largo a corto, con buen ánimo; algunas veces hasta me divertía.

FUERA Y ADENTRO

Fuera la vida, el trajín, la violencia,
la ciudad atrapada que ha perdido
la noche, la paz, el don, la vergüenza.
Afuera, el mundo de los sanos,
no quieren saber, voltean el rostro
ante la enfermedad y la muerte
Dentro el cáncer a vencer,
la ternura en el nido oscuro, tu mano tibia
enlazada a la mía, la inocencia
de la niña rubia, risa iluminada
que resuena en las paredes.
Revoloteo de la mariposa oscura, nocturna,
sus alas suenan en medio de la lucha
contra la náusea-quimioterapia,
dinamita que circula en la sangre.
La mariposa busca su lugar.
golpea en la pared,
no lo encuentra.

Parecida a la muerte que visita,
revolotea apenas, avisa.
Nadie está a salvo, nadie fuera de peligro,
la enfermedad acecha,
el consuelo de la mano tibia
alumbra las sábanas, en el lecho oscuro,
me toca en la sombra.

Octubre, 1998

MI TRABAJO, OTRO PUNTO DE APOYO

Tengo la suerte de tener un trabajo que me encanta, con horario libre, y mucha flexibilidad para manejar el tiempo. Soy maestra universitaria

desde hace diez años y toda mi vida la he dedicado a la docencia. Hago investigación, mi gran pasión, además de la poesía, que escribo y leo desde hace más de quince años. Actualmente investigo, a partir del enfoque sociológico, los impactos de la biotecnología en la agricultura y el medio ambiente, algo sé de lo que se hace en el campo de la salud. Últimamente he escrito sobre implicaciones ecológicas y agrícolas de la ingeniería genética... y genético es el cáncer, con curas que se están experimentando dentro de este campo. Así que leí todo lo que pude, científico y popular, para entender lo que estaba pasando en mi cuerpo: por qué había salido ese tumor, por qué, si aparentemente no era maligno desde el principio, posteriormente desarrolló la enfermedad.

La solidaridad de mis compañeras del equipo de investigación y de las autoridades fue increíble, un gran apoyo, una gran tranquilidad. Cobré mi sueldo durante todo el tiempo que duró el tratamiento y fueron siempre comprensivos con las obligaciones que no pude atender por tener que estar en el hospital o bajo los efectos de la quimioterapia, así como el mes que tardé en recuperarme de la operación.

Y LAS MUJERES, LAS REDES

Y la solidaridad entre las mujeres, en los pasillos del dolor y la esperanza. A la fecha no deja de asombrarme el nivel de comunicación que establecíamos las mujeres en esos pasillos. Se borraban las clases sociales, las edades, el color de la piel.

LOS PASILLOS DEL CÁNCER

En los pasillos del cáncer las mujeres se acompañan,
se olvidan de rivalidades, de los hombres en disputa,
los contrastes y las ropas, las decentes y las putas.

En las salas de espera, las mujeres bordan,
hermanas en desgracia, se consuelan de la química.

Junio, 1999

RETO

La labor del grupo RETO (Recuperación Total), con sus voluntarias siempre amables. Todas ellas sobrevivientes de cáncer de mama. Con ellas me sentía en completa libertad de hablar de cualquier tema, de lo que me pasaba. Nada fue tan reconfortante para mí como poder hablar con mujeres que habían pasado por lo mismo y se habían curado, valientes y familiarizadas con la enfermedad y la muerte. Con ellas también se borran las diferencias sociales, económicas, culturales. Hermanas, las mujeres en las sesiones somos capaces de darnos solidaridad y fuerza en medio de la desgracia.

El viernes antepasado fue mi primera revisión... ¡estoy bien!, tengo fuerzas, estoy viva, sigo adelante. Antier regresé de un evento académico en Guadalajara, de miércoles a viernes, en camión... estoy viva, comí nísperos en el camino viendo el paisaje de mi tierra por la ventanilla, ví viejos y nuevos colegas, discutimos temas que me interesan... ¡estoy viva!, ¡estoy aquí!

PRIMERAS LLUVIAS

Yo renací con las primeras lluvias, fueron fatigosas,
primero apenas tierra que se queda embarrada en los autos
después, tierra que se moja, calor que revienta,
y yo de regreso.

Regreso del pasillo oscuro, del dolor, del miedo,
del rostro de la muerte,
adiós a la sonda incrustada en mi pecho,
adiós a la química reventando las células
adiós, adiós...

Regreso, estoy aquí, lo grito y me estalla
a borbotones en el pecho.

Yo estoy de vuelta en estos días -mañanas soleadas,
tardes- lluvias cenicientas.

Y los brotes verdes de la vida nueva,
y la sequedad que se aleja, saludos de estos nuevos días...
Vuelvo a la niña rubia que respira dulce,
aliento de perfume y rosas cerca de mis ojos,
y cuando el que me acompaña ya no es enfermero
vuelvo, vuelvo...

Junio, 1999

EL CUERPO Y EL ALMA, EL YOGA, EL REIKI, LA MEDICINA “ALTERNATIVA”

Algo que aprendí es lo importante de estar en armonía con el cuerpo: si bien nunca he sido muy mística, sí tengo un profundo respeto por la religiosidad, por las diversas energías que los humanos poseemos y las que existen en el universo, que no conocemos ni manejamos. Creo que nuestra “civilización” es tan materialista, hueca y consumista que nos aleja de esto, de nuestra paz interior.

Muy al principio, cuando comencé los tratamientos, pensé que hacer ejercicios de yoga me ayudaría. De alguna manera, sabía que el tumor había crecido por haber descuidado mi cuerpo, por no haberlo oído a tiempo. Recurrí a mi amiga Consuelo, instructora de hatha-yoga. Con gran dulzura (que siempre le voy a agradecer), Consuelo fue a mi casa varias veces y me diseñó una rutina especial, que no interfiriera con el catéter que tenía en el pecho y me ayudara a fortalecer el sistema inmunológico. El efecto fue asombroso, a la fecha practico la rutina con frecuencia. Cuando la hago, duermo bien, me siento serena. Consuelo, además, sabe hacer reiki, ¡yo no lo podía creer!: tener el privilegio de que me pudiera dar reiki alguien que me quiere, que fue capaz de acercarse y ayudarme así. Querida Consuelo, ¡qué bien te queda el nombre!

De aquí a comentar lo conflictivo que es saber si se debe o no recurrir a la medicina alternativa, hay un paso, pero no puedo dejar de decir

que el reiki y el yoga me hacían sentir muy bien, pues desarrollé un misticismo que antes no había percibido en mí. Es sumamente problemática la pugna entre la medicina convencional y la llamada “alternativa”. El paciente no sabe qué hacer: está asustado y oye diversas versiones sobre curaciones milagrosas con tés de hierbas, con cuarzos, con control mental. El médico, por su parte, generalmente niega el valor de cualquier tipo de medicina tradicional y se aferra a la alopatía. Afortunadamente ya hay generaciones de médicos jóvenes con una mentalidad más abierta. En mi modesta opinión, la medicina convencional haría muy bien si se enriqueciera con los diversos conocimientos de otros tipos de medicina y las incorporara al tratamiento, de forma integral. Esto, además, le daría a la mal llamada medicina alternativa una posibilidad de seriedad y rigor, pues actualmente funciona sin ningún control y hay mucha charlatanería. Al Instituto llegan casos de cáncer avanzado por haber confiado en que con el juguito o el té se curaban. En mi caso, una amiga médica le recomendó a mi hermana la uña de gato (otra vez las mujeres ayudándonos), así que la consumí en la dosis indicada para acompañar el tratamiento del cáncer. También tomé durante periodos largos un remedio de miel-tequila-sávila, tres fuentes informales (como sucede tanto en esta tipo de medicina) que ya me habían sugerido. Mal no me cayó, y el estómago me funcionó de maravilla, aun con la quimioterapia.

LA RELIGIÓN, UNA LECCIÓN DE HUMILDAD

No soy particularmente religiosa, es más, después de haber estudiado de niña en una escuela de monjas católicas, desarrollé una rebeldía muy grande a la hipocresía que a veces se encuentra en ese medio. Pero ahora soy más tolerante que de joven, reconozco que hay también gente buena en el seno de la Iglesia y respeto mientras se me respete. Mi recorrido por los pasillos del cáncer me enseñó algo: los humanos necesitamos ser humildes, polvo al polvo, somos temporales e ínfimos, un grano de arena. La enfermedad y la muerte nos pueden llegar en cualquier momento. Ahora, rezo. Le rezo a la Virgen de Guadalupe, po-

deroso ícono de los mexicanos. Es difícil describir la humildad que necesité llegar a tener para hincarme y rezar un Ave María, pero siento que mi alma mejora con ello. Sé que la vida es un don, sé de lo profundamente humana que es la necesidad de creer en algo superior. Somos tan imperfectos.

LAS ENFERMERAS Y EL CATÉTER

El día que me pusieron el catéter, fue el inicio de un viaje en locomotora: fuerte y con la mordida en el cuerpo. Un permanente recordatorio de que mi cuerpo enfermó, de que había que meterle químicos para sanarlo. Era necesario curarlo dos veces a la semana, lavarlo con anticoagulante, cambiar el tapón y las gasas. Ir cada semana a que las enfermeras lo limpiaran y cambiaran un parche grande con el que estaba sujeto. La voluntad, calidad humana y profesionalismo de esas enfermeras de la unidad completa de infectología, bajo el mando eficiente de la doctora Patricia Volkow, es algo difícil de describir. Otra vez, las mujeres, trabajando juntas, cuidando a sus pacientes, curando...

Tengo pendiente ir a verlas, llevarles algo, donar los tapones y parches que me sobraron. Es como parte de mi saldo; la asimilación actual de lo que me pasó será como dejar salir la carga. Ya pasó, ya pasó, quizá el cáncer vuelva o no, pero hoy por hoy estoy viva, salí.

MI CUERPO Y SU RENACIMIENTO

Cuando terminó todo, los médicos me habían advertido que probablemente se adelantaría la menopausia. Voy a tomar Tamoxifén, un antiestrogénico, por cinco años y uno de los efectos puede ser ése. Ya preparada para ello, el que mi primera menstruación se presentara regularmente al poco tiempo de terminado el tratamiento fue algo que, extrañamente, me llenó de alegría. Como si mi cuerpo me dijera, aquí estoy, cien por ciento cuerpo de mujer, vivo y funcionando.

HOY FLUYÓ

Hoy fluyó, arroyo tímido del primer deshielo,
hoy fue saliendo, rojo, oscuro,
flujo femenino y familiar.

Y me supo a fiesta, a fiesta de mi cuerpo
que no quiere morir, a fiesta de cáncer que se aleja,
a fiesta de estar viva,
a fiesta de todo quedó atrás
mientras veo asombrada, absorta, el líquido vital
molesto, imprescindible.

Mayo, 1999

MIS PILARES, MIS RAZONES DE VIVIR

Cristina

Cristi es mi hija, una niña alta, esbelta y rubia, dibuja muy bien y ama a los animales. Tiene ahora diez años, cumplió esta edad cuando yo ya estaba en tratamiento. Me separé de su padre cuando ella era aún muy pequeña y él vive en Jalapa, así que yo me encargo de ella 100%. Para mí, el tenerla cerca, verla crecer y amarla es un importantísimo lazo vital. La fuerza que me da poder abrazar a mi niña, saber que nos necesitamos, es muy grande. Mientras duró el tratamiento, ella y yo nos bañábamos juntas en la tina, pues a mí con el catéter se me complicaba mucho la regadera. Yo no tenía pelo, cejas ni pestañas y traía un catéter en el pecho, en esas condiciones, la intimidad de ese baño, de ese lazo madre-hija fue algo valioso, relajante, un recordatorio de cómo vale la pena vivir. Sentirla junto a mi pecho, saber que me necesita.

Jorge

Nos amamos desde hace casi nueve años. Ha habido de todo, encuentros y desencuentros, sufrimiento y alegría. Abrazarlo sigue siendo para mí algo vital, necesario como un manantial de agua limpia. Es un amor cristalino. Los días posteriores a la operación, él velaba a mi lado en la cama del hospital. Mi apoyo, mi fiel soldado. Con ternura, me llevaba el cómodo, me ayudaba a bañarme. Con él di los primeros pasos. Cuando se me cayó todo el pelo, fue capaz de raparse para que yo no me sintiera tan mal. Es moreno, pelo lacio, mirada de águila, una cara muy joven y una mente brillante. No somos una pareja convencional, los dos separados, con hijos de relaciones anteriores. Nos vemos con dificultad, pues él es un padre responsable y sus hijos (son dos varones) viven muy lejos. Yo he tratado de respetarlo y apoyarlo, a veces es difícil. Durante todo el tratamiento, su cuerpo tibio por las noches, abrazado al mío, era algo que me daba consuelo, fortaleza.

Malú

Es mi hermana, tres años menor que yo, científica, dedicada como pocas a su trabajo. Tiene unos ojos negros, grandes y hermosos, y un carácter fuerte. Nuestro lazo, a veces difícil por ser sólo dos hijas, se fortaleció mucho con esta experiencia, su ayuda fue muy importante para decidirme por el tratamiento y el lugar para hacerlo. Se divorció recientemente y tiene una hija, Sara, de cuatro años, es la más pequeña de la familia y la luz de nuestra red familiar.

Yolanda

Es mi madre, tan difícil de describir. Más alta que yo, de grandes ojos oscuros y mirada dulce, muy arreglada. Siempre ha sido serena, fuerte. Me acompañó al hospital cuando fue necesario, me ha ayudado siempre con mi hija, en el trabajo. Su sensatez y buen juicio han sido un fuerte sostén. En el hospital siempre estuvo dispuesta para colaborar;

para oír con paciencia y bondad las desgracias ajenas, para contagiarme su optimismo. Su sencillez es algo que me ha alimentado, me ha formado: no dar importancia a lo que tiene una persona en bienes materiales, fijarse en lo que vale, es decir, la honradez, la bondad, la inteligencia.

Hermelinda

Es morena, bajita, un poco mayor que yo. Vino a tratarse al hospital desde Ciudad Hidalgo, Michoacán. Nos conocimos en la puerta de entrada a la sala de quimioterapia, la primera vez para ambas. Eso nos hermanó. Siempre la voy a recordar, tan dispuesta a platicar, a reír y bromear, a no dejarse deprimir por lo que nos pasaba. Nos hemos dado varios abrazos en ese periodo, espero que nos los sigamos dando toda la vida.

Carmen

Carmen es delgada, con un poco más edad que yo. Su piel y sus ojos son claros. Platicamos la primera vez durante la espera para que nos curaran el catéter. A partir de ahí, nos hicimos amigas. Ella tiene la enfermedad también en los huesos. Actualmente debe seguir en tratamiento y yo, en mi corazón, la acompaño y la recuerdo.

Doctor Adolfo Fuentes Alburo

Es joven, más joven que yo. Delgado y alto, con una mirada dulce. Fue el primer médico que me habló claro, que me dio ánimos y esperanzas fundadas. Cuando lo veo, me dan ganas de abrazarlo, es una gran persona y un excelente médico. Aún ahora, si lo encuentro en el hospital, me siento muy reconfortada de hablar con él.

Y a todos, todos aquellos con los que hablé, que luchaban con la enfermedad y la muerte, los sobrevivientes, los que están de regreso, los recordaré por la energía vital que me dieron con su charla, con su ejemplo.

¿A DÓNDE VAN?

¿A dónde van los que han sido tocados
por las blancas manos de la muerte?
Los que han reconocido su aliento helado
y no han sido llevados, siguen aquí.
¿En sus ojos hay un dejo que distinga
que se han reconocido en las ascuas vacías?
¿Saben más del dolor y de la vida?
¿O sólo conocen el miedo y el sufrimiento de cerca?
¿A dónde van?
¿Su andar es más seguro, lleno de optimismo,
o se arrastran suplicando la demora del próximo llamado?

Febrero, 1999

MEJOR PERDONAR QUE GUARDAR VENENO

También hubo lo otro, las amigas que sólo son de nombre, que se alejaron como de la peste, que no quisieron o no pudieron ayudar. De ellas no voy a hablar, algo que aprendí es que hay que cuidar no envenenarse el alma, que es mejor perdonar antes que odiar o que vivir con rencor. Es tan liberador sentir que la vida es corta, que es mejor perdonar...

Estoy frente al espejo, me miro: mi pelo es rizado y suave, muy abundante, mis ojos brillan, hay alegría y ganas de vivir en esa mirada. Mi cuerpo es armonioso, con un seno un poco raro. No me he dejado engordar y hago la mayor cantidad de ejercicio que puedo. También hago mi rutina de yoga lo más seguido posible. Los años han pasado, no es el cuerpo hermoso de una jovencita, pero me gusta. Me gusta más la mirada, verme al espejo y decir: “Yo puedo, me voy a curar, voy a crecer, a cambiar”. Sobre todo, estoy viva y agradecida. Abro mis brazos frente al sol y al viento, abrazo a mi hija, a Jorge, y abarco todo el amor y la vida que puedo.